

El camino de los cuentos

COLECCIÓN LENGUAS INDÍGENAS

Alejandrina Hernández Gerónimo

EL CAMINO
DE LOS CUENTOS

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Primera edición: 2019

© 2019, Alejandrina Hernández Gerónimo

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124
Fraccionamiento Portal del Agua
Colonia Centro, Villahermosa
C. P. 86000
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-77-9

Impreso en México - *Printed in Mexico*



Agradezco la colaboración de los señores:
Bonifacio Hernández López (+) y
Pedro Ávalos Dantory (+),
y al prof. Celestino Broque Alcudia.

A mi hija Dioselin Alejandra
por su colaboración.

A mi nieta Bárbara Alejandra
por las ilustraciones que imaginó
y plasmó al escuchar los cuentos,
así como a los niños del 3.º «B»
del Centro Preescolar «Elena Zapata»,
por haberme dado la oportunidad de
compartir esos momentos de pláticas, risas
y el rico pozol en sus humildes hogares.

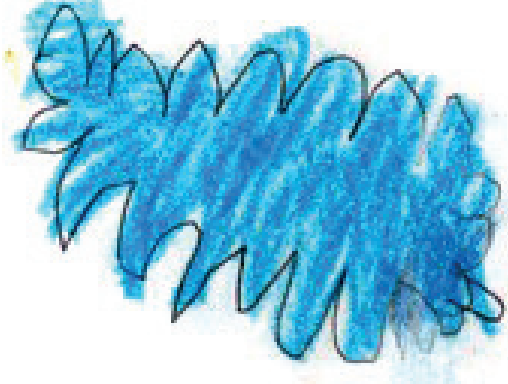
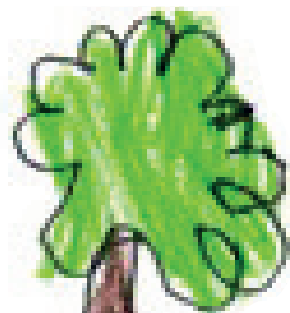
A mi amigo Domingo Alejandro Luciano,
por revisar los textos y darme
sugerencias del mismo.

No cabe duda, de que este esfuerzo será para
enaltecer la tradición oral a través de la literatura
y nuestra lengua materna en la promoción
y difusión de su escritura.

A todos, muchas gracias.

Las bejuquillas
de don Canuto

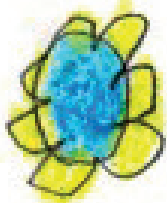




Don Canuto era un hombre alto, delgado, de mirada profunda. Cuando caminaba por el bosque los animales lo saludaban. Con el paso de los años, se acostumbró a ser bien recibido por los pájaros que trinaban entre los árboles. Caminaba como si buscara algo más entre las hojas secas. Era un hombre poco expresivo, pero conocedor de los secretos de los árboles y de los animales; además, era amigo de las culebras y serpientes que habitaban en ese lugar. En su morral siempre cargaba una flauta con la que entonaba una melodía especial que a todos los animales le gustaba y, en especial, a las culebras.

Un día sintió su cuerpo cansado y los pies adoloridos. Se detuvo un instante mirando fijamente las tiras de sus gastados cactes, que se ha-



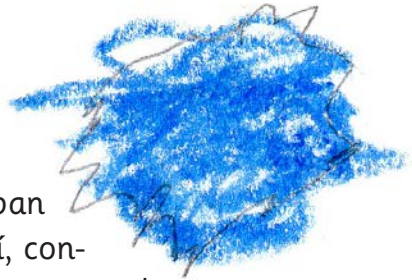
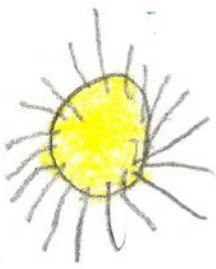


bían roto. Buscó la sombra de una enorme ceiba y se sentó en el colchón de hojas y malezas que cubrían la tierra fresca.

Miró fijamente a su alrededor y sacó su flauta; comenzó a tocar una bella música que el viento llevaba sigiloso hacia los lugares más lejanos. Las culebras salían silenciosas, unas eran de color verde, otras de tono negro o amarillo, y de varios tamaños. Muy contentas escuchaban a don Canuto.

Bajo un tronco podrido de cedro salió una enorme nauyaca, y con su lenguaje se comunicó con los demás: «xëë, xëë, xëë». Terminando la melodía, dos bejuquillas se acercaron a los pies de don Canuto. En un instante desataron los pedazos de tira de corazón





de cañita que ya estaban viejas, se tejieron entre sí, convirtiéndose en tiras que sostenían los cactes que traía don Canuto en los pies, quien muy a gusto aceptó y en agradecimiento, tocó la última pieza.

A partir de ese día, las bejuquillas y don Canuto se volvieron inseparables.



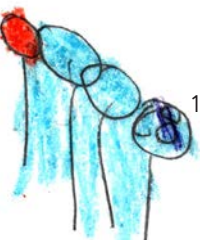
El pájaro carpintero
y su gorro de color rojo

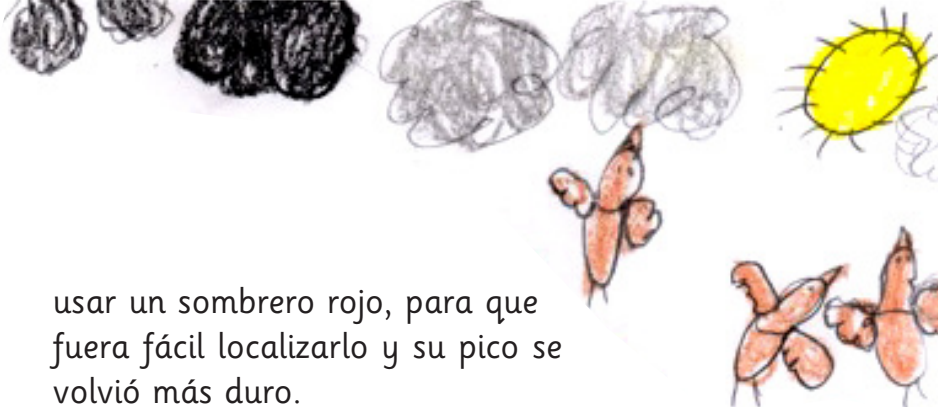




Al pájaro carpintero le dieron un pico muy duro para que ayude a los demás animales a construir sus casas en los árboles altos, por los peligrosos depredadores que abundan en la tierra. Pero él no estaba de acuerdo con esa responsabilidad. Sin embargo, se creía por ser bastante guapo y le gustaba enamorar a las pajaritas. Por las tardes se reunía con los demás pájaros a jugar, a platicar y no cumplía con el trabajo que le encomendaban. Fue tanta la queja, que el dueño de las aves dijo: «Vayan y tráiganmelo aquí para resolver este problema».

Una mañana radiante, cuando el sol apenas se asomaba, salió una comitiva de pájaros para ir a la búsqueda; y por más que se fijaban por dónde andaba no podían, pues se confundía entre los demás que iban y venían, y él pasaba desapercibido. Fueron varios días de exploración, hasta que dieron con él y lo llevaron frente al dueño de los pájaros. Lo regañaron y le dijeron que a partir de ese momento quedaba obligado a





usar un sombrero rojo, para que fuera fácil localizarlo y su pico se volvió más duro.

Después de esa reunión se convirtió en un trabajador y, con el paso de los años, sigue insistiendo en ahuecar un poste de concreto o uno de metal.



La abuela lechuza
y el niño





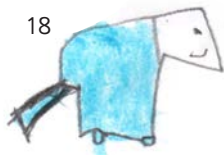
Un niño salía de su casa muy temprano a buscar leña, iba muy enojado porque todos los días su mamá le pedía lo mismo, él se quejaba con los árboles y con el camino, porque tenía otros hermanos y ellos no madrugaban por dormir.

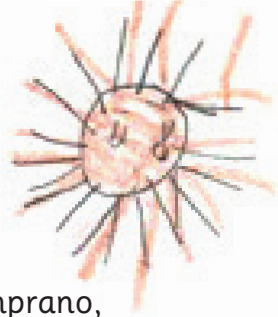
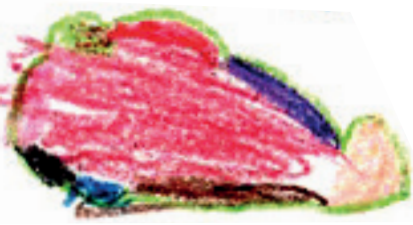
Iba casi arrastrando los pies, cuando escuchó que alguien le hacía: «tsët, tsët, tsët». Finalmente volteó y vio a una lechuza. Ella le dijo: «¿Por qué tan enojado?» El niño la quedó mirando porque creía que la lechuza no le hablaba, que solo era su imaginación.

La lechuza con mucha confianza se dirigió a él: «Sí, estoy hablando, tú no me reconoces, soy tu abuela, me fui antes que nacieras; veo que todos los días sales a buscar leña y no me gusta lo que tus padres hacen contigo, tienes hermanos más grandes, a ellos no los ocupan. Por eso te voy a ayudar».

El niño le preguntó: «¿Cómo, si tú eres una lechuza?».

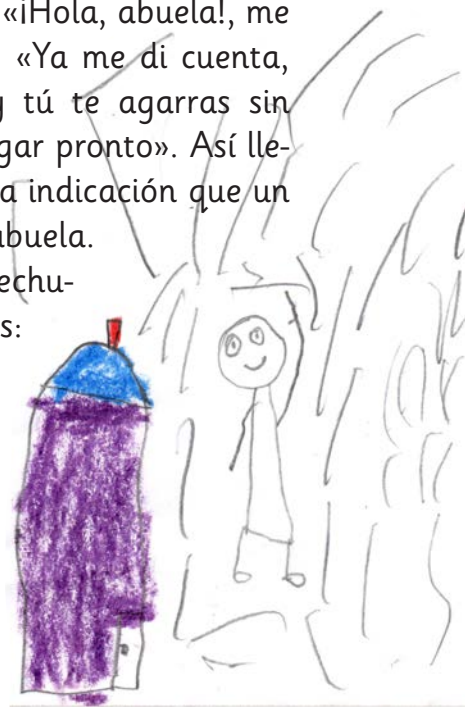
La abuela lechuza le volvió a decir: «Escucha, hoy harás lo mismo de siempre, traer la carga





de leña. Mañana te levantarás más temprano, te pido que me dejes una ventana medio cerrada. Caminarás hacia el paraje de los venados, junto a él hay un cerro, subirás y te pararás en medio, por donde hay un ojo de agua que alimenta el abrevadero. ¡Quédate ahí!, no te asustes de lo que oigas, veas o sientas. Saldrás de ahí hasta que yo llegue y me pose en tu hombro izquierdo». El niño dijo: «Está bien, abuela». Se despidieron y cada quien fue a realizar sus actividades; con toda la emoción vivida un día antes, el niño se durmió un poco más temprano y al día siguiente, se levantó rápido y tomó su sombrero, su lía y su machete, ya la lechuza lo esperaba; al verla, él le dijo: «¡Hola, abuela!, me dormí». Contestó la abuela: «Ya me di cuenta, volaré un poco más alto y tú te agarras sin miedo de mis patas para llegar pronto». Así llegaron al cerro y siguió con la indicación que un día antes le había dado la abuela.

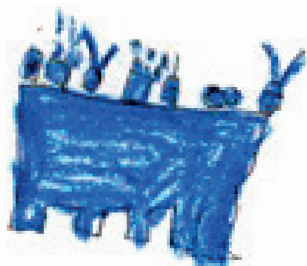
Estando en el lugar la lechuza volvió a dar indicaciones: «Ahí está el ojo de agua, párate junto a él, saca tu





lía, y deja que me pose en tu hombro izquierdo. Ahora, agita tu lía con fuerza en círculo». El niño obediente, así lo hizo. En esos momentos comenzó un gran remolino que formó un torbellino y se convirtió en un tornado. Se escuchaba el tronar de los árboles que caían estrepitosamente, luego se veían los venados, osos, puerco de monte y otros animales, que cortaban las ramas y los troncos en pedazos, mientras los jaguares hacían lo mismo, pero con más estilo; las boas y los lagartos se ayudaban para formar cientos de cuadrados con los palos de leña que colocaban organizadamente. El viento también ayudaba para que todo quedara perfectamente acomodado. Nuevamente el niño siguiendo las indicaciones de la abuela lechuza, continuó agitando su lía con mayor fuerza. El tornado renovó su potencia y levantó toda la leña cortada y acomodada, que fue colocada cuidadosamente en el terreno de la casa donde vivía el niño, ahí los caballos ayudaban a los monos a colocarla en líneas perfectamente trazadas.

Por la cantidad de leña, la casa no se veía; todo esto sucedió sin hacer mucho ruido, no sin





que antes la abuela lechuza entrara a colocar debajo de las almohadas de los dueños una rama de dormilona, razón por la cual no se despertaron.

Ya más tarde, como era costumbre, se levantaron y fue tan grande la sorpresa que recibieron al ver muchísima leña, que todos se desmayaron.

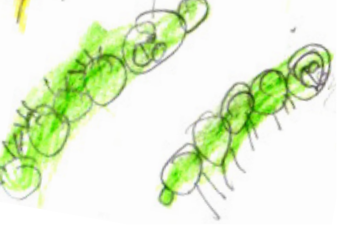
La abuela lechuza se llevó a su nieto porque era necesario que alguien tomara su lugar, pues ella quería descansar, pero antes había que reforestar por todos los árboles caídos y hechos leña. Le dijo al niño: «Mañana tocarás esta flauta de barro y organizarás a todos los pájaros que vendrán a tu llamado para que busquen y traigan semillas para sembrar, aprovechando que ya es luna tierna».

Con la mirada cansada, la abuela lechuza buscó la hermosa cara de la reina de la noche, quien bajó lo más cerca que pudo y se la llevó.



La familia de la abeja reina





Cuentan los abuelos que la abeja reina fue uno de los insectos invitados al arca de Noé. Cuando el diluvio había concluido, los animales bajaron a la tierra y Noé les dio todas las indicaciones que recibía de Dios.

La abeja reina y sus obreras estaban muy inquietas, querían salir del arca para contemplar el sol y besar la tierra. Noé les dijo que se dedicaran a elaborar miel porque los hombres y las mujeres de la tierra la iban a necesitar, por tanta amargura que a diario tendrían. La abeja reina aceptó con gusto y junto a sus obreras comenzaron a buscar flores en los campos.

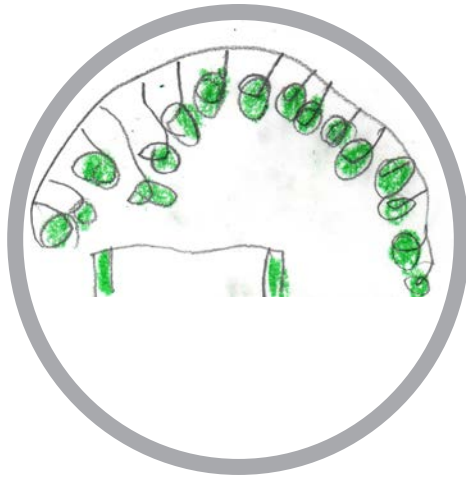
Los zánganos seguían durmiendo y decían: «¿Por qué no llueve un poquito más?». Ellos ni se enteraron de las indicaciones. Muy molestas las obreras, le dijeron a la reina que ahí los dejaran. La reina estaba a punto de acceder, cuando Noé les comentó: «Llévenselos, es parte de tu familia como un mal necesario, para que vean que eres líder y tienes a muchos trabajando para ti».

Así quedó formada la familia de la abeja reina, entre obreras y zánganos.





La rebelión de los utensilios



Se cuenta en el pueblo que hace muchas lunas las familias disfrutaban de toda la naturaleza y había gran respeto. Para dormir compartían cuevas y los árboles frondosos ofrecían sus grandes brazos para que los hombres y animales descansaran a gusto.

Una noche, un rayo acompañado de una tormenta de viento y lluvia cayó sobre la tierra, despertando a todos los seres vivos, asustados. A partir de esa medianoche, nadie pudo dormir hasta que amaneció. El ambiente era muy raro, ni los pájaros cantaron ese día como acostumbraban; los monos ni se movieron de su lugar. Entonces un anciano se acercó al árbol que estaba tendido sobre la tierra húmeda y aún salía humo de su corazón. «Esto lo hizo el rayo —dijo en tono de preocupación—, llamen a todos». Hasta el sonido del caracol se escuchaba melancólico. Todavía muy asustados acudieron y





prestaron mucha atención a lo que el anciano les dijo: «El rayo que cayó anoche fue enviado por fuerzas poderosas y desconocidas para nosotros; lo que sigue no es fácil: el rayo ha alterado a todos los animales, y éstos tienen miedo; la convivencia que había se ha roto, y pueden atacarnos; por tal motivo los humanos tendremos que apartarnos de ellos, debemos encontrar un lugar para protegernos y dormir sin miedo».

Así inició la construcción de las casas, que no fue fácil, no sabían que los duendes eran los maestros y se burlaban de los hombres, porque ellos no estaban de acuerdo que se apartaran. Fue muy arduo el trabajo hasta que lograron hacer sus casas, y los duendes aumentaron sus travesuras con los utensilios como la silla, las mesas y la hamaca; ellos hicieron que hablaran, así cuando el dueño de la casa quería sentarse, la silla se movía y decía: «No te sientes, no quiere mi dueño»; lo mismo decía la mesa y la hamaca se mecía tan fuerte que no permitía que alguien la usara.

Las mujeres no podían ir por el agua ni hacer la comida, había una verdadera rebelión de las ollas, cucharas, cajetes y comales. Todos decían: «No me toques, mi dueño no quiere». Un día los utensilios amanecieron pegados al techo de guano, hasta la leña también se había unido a los objetos; muy preocupadas las mujeres fueron y pidieron consejo al anciano sabio, que después de escucharlas con mucha atención, les dijo: «Tenemos que hacer una ceremonia especial para que los yunka' los dejen en paz».



La cerimonia





El sabio anciano pidió que las mujeres buscaran la fruta de la mata de corozo y la partieran con el hacha que el rayo había dejado en el árbol que derribó; la pulpa que sacaran la envolvieran en el yokoto’.

A los hombres les pidió que trajeran pochitoques y a los ancianos les encargó que cortaran la caña para preparar el guarapo.

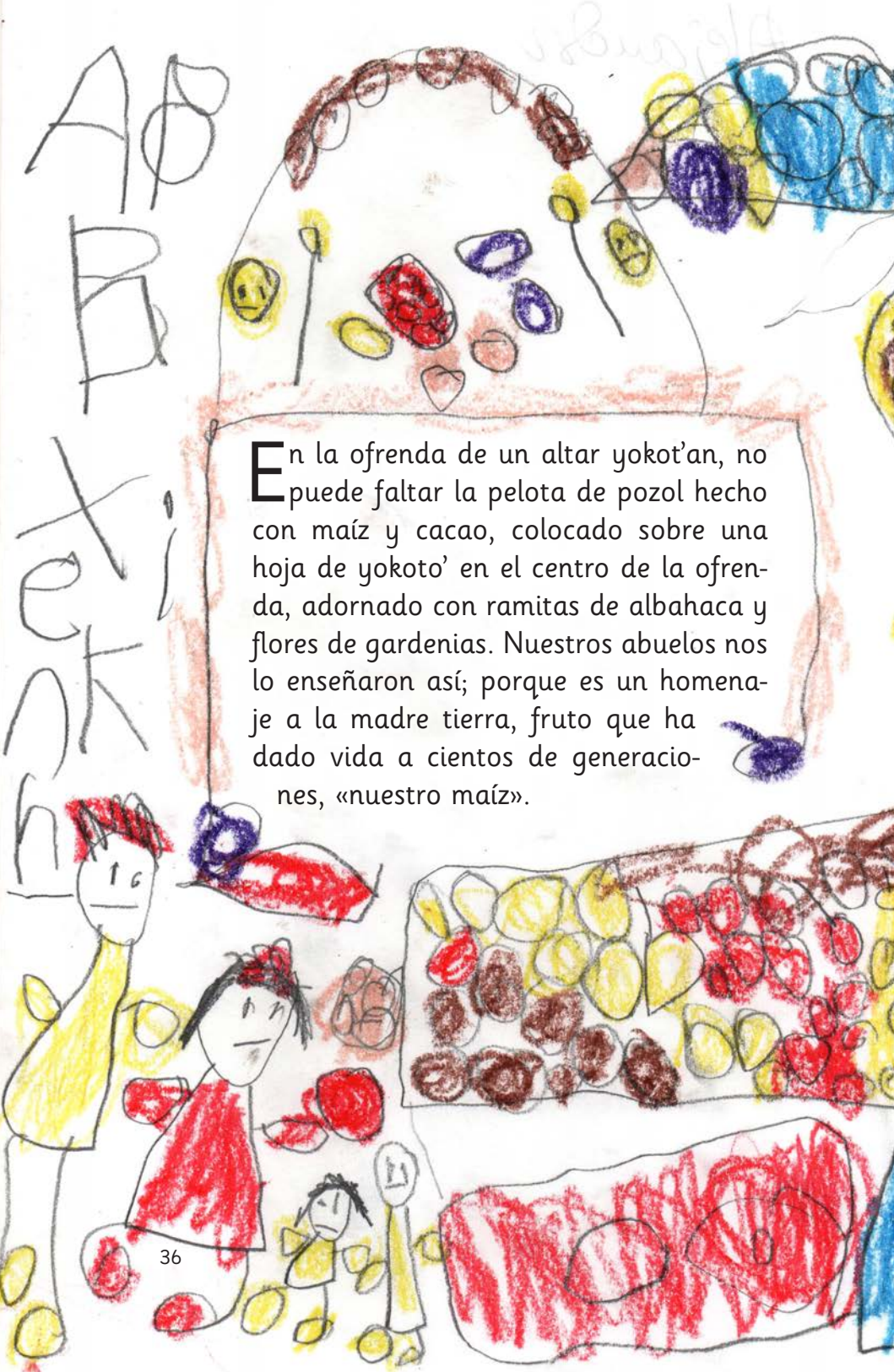
El anciano sabio dijo: «Ya es hora de comenzar la ceremonia, yo traje las velas de cera». Todos llevaron lo que les había encargado. Se dirigieron debajo de un enorme cedro, ahí el anciano colocó la ofrenda ayudado por las mujeres y los hombres, inició así una plegaria en yokot’an en medio de la selva. Cuando concluyó, se escucharon unos agudos chiflidos. Los pájaros levantaron el vuelo muy asustados, entonces el viejo sabio les dijo: «Estén ya tranquilos, a partir de hoy nadie les hará daño, estas tierras son nuestras y los yumka’ son nuestros aliados, solo les pido respeto para ellos». Así fue como nuestros antepasados se quedaron a vivir en estas tierras.



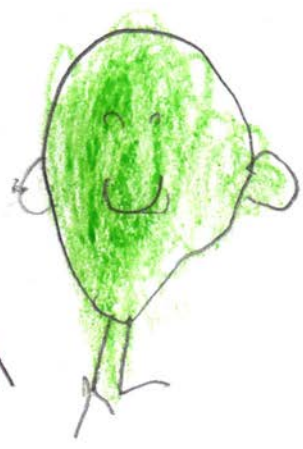


El corazón del pozol





En la ofrenda de un altar yokot'an, no puede faltar la pelota de pozol hecho con maíz y cacao, colocado sobre una hoja de yokoto' en el centro de la ofrenda, adornado con ramitas de albahaca y flores de gardenias. Nuestros abuelos nos lo enseñaron así; porque es un homenaje a la madre tierra, fruto que ha dado vida a cientos de generaciones, «nuestro maíz».

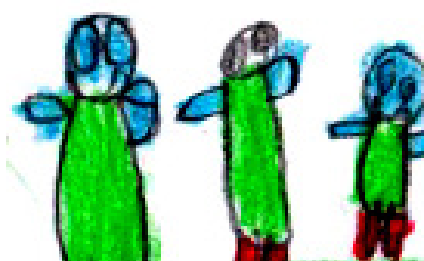


El wao
que cuidó la milpa



En una época en que hubo mucha escasez de alimento por falta de lluvia todo el año, los árboles estaban como dormidos, los pájaros ya no cantaban. Ellos más que nadie sabían que no había frutas; los ríos y lagunas estaban secos. A esta época, los yokot'anob la llamaron: «Yi'na». Los hombres conservaban con mucho cuidado un poco de granos de maíz porque tenían la esperanza que en la búsqueda que realizaban todos los días, encontrarían un pedazo de tierra buena para la siembra.

Un día, ya cansados y agobiados por el sol, alguien gritó: «¡Miren, ahí el pasto y los montes son muy verdes!, y está cerca del río, creo que esa es la tierra que necesitamos». Como si la esperanza fuera vitamina, el grupo de veinte hombres inmediatamente sacó sus garabatos y macanas y comenzaron a limpiar el terreno. Enseguida alguien empezó a sonar el caracol para avisar a los de la aldea que ya habían encontrado el lugar para sembrar el codiciado grano. Al día siguiente los del pueblo traían todo lo que necesitaban para hacer una ofrenda a la madre tierra, en



agradecimiento por el espacio que les daría el sustento diario.

Las abuelitas rebuscaron en los campos algunos camotes y frutas de corozo y con un poco de maíz lograron preparar una jícara de pozol; un anciano fue quien hizo el ofrecimiento en yokot'an. En un altar improvisado colocaron el maíz ya preparado para recibir el cobijo de la tierra; el grupo de tamborileros los acompañó junto con los danzantes del k'ojoble; al finalizar la ce-





remonia, el anciano entregó el maíz y dijo: «El terreno se ve como si fuera un cerro, creo que eso es muy bueno por si inician las lluvias, y no se inunde la siembra». Después del comentario, se fueron a hacer el trabajo.

Pasaron los días y llegaron a limpiar las malezas de la milpa que iba creciendo muy bien, todos estaban muy contentos porque tenían la seguridad de obtener una gran cosecha. Cuando ya habían acordado el día en que iban a doblar las matas y sacar las primeras mazorcas, grande fue la sorpresa al ver que en ese lugar sólo había un gran pozo, como si alguien hubiera sacado la media hectárea de terreno con toda la siembra.

Nuevamente el caracol hizo el llamado. La gente llegó hasta el lugar. En el suelo había huellas de algo muy pesado que se arrastró y planchó las yerbas; los monos aullaban, las peas y las chachalacas hacían gran albo-

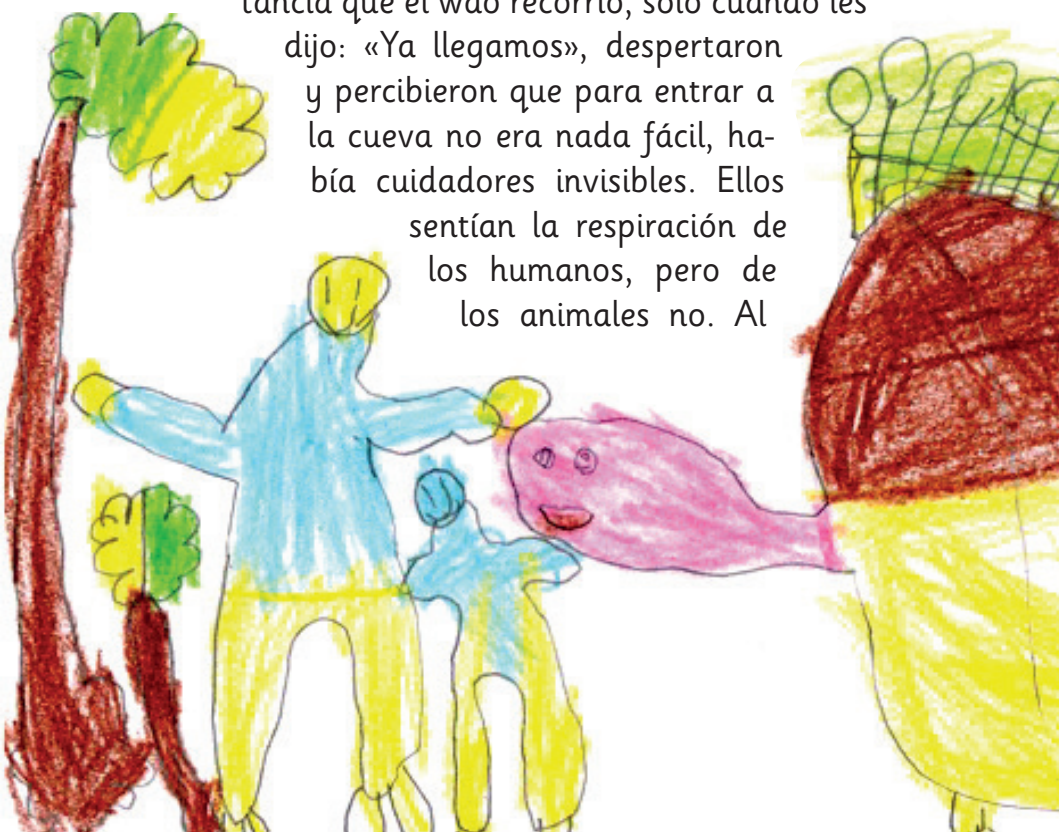
roto a la orilla del río, que para ese momento ya tenía agua. Los animales avisaban que el maizal estaba viajando río abajo. Los hombres entendieron lo que con desesperación decían los animales; corrieron y vieron que efectivamente la siembra iba nadando.

Rápidamente el anciano sacó su flauta y con un bello sonido llamó a los manatíes y a los lagartos, que sirvieron de transporte y así alcanzaron el sembradío que ya se alejaba. Con miedo el anciano habló: «¿Quién eres? ¿Por qué te llevas nuestro alimento?». Sorprendidos vieron alzarse una enorme cabeza que contestó: «Yo estaba tranquilamente dormido, como verán, estoy muy viejo. Con razón sentía mucha frescura en mi espalda, gracias por los masajes recibidos. Soy un wao, mi cara tiene el color de la tierra porque estaba dormido en su vientre por más de un año. Pero no se preocupen, dile a los animales que les trajeron que me ayuden a regresar, empujen entre todos para que ustedes puedan llevarse su maíz». Así lo hicieron, todos organizados y contentos ayudaron a regresar al wao a su lugar, y los hombres se



llevaron todo el maíz. Él les dijo: «Ya sé lo que están pensando, pero mi carne es muy vieja, no les servirá como alimento, pero yo les llevaré a un lugar donde hay mucha comida, a cambio quiero que hagan lo que yo les diga y no pregunten —siguió diciendo—. Hoy es luna llena, aprovechemos para ir; busquen a doce hombres fuertes y suban a mi espalda, acomódense, no tengan miedo».

Los hombres quedaron profundamente dormidos, no sintieron el paso del tiempo ni la distancia que el wao recorrió, sólo cuando les dijo: «Ya llegamos», despertaron y percibieron que para entrar a la cueva no era nada fácil, había cuidadores invisibles. Ellos sentían la respiración de los humanos, pero de los animales no. Al



darse cuenta que los hombres tenían miedo, el wao habló fuerte: «Hermano lagarto, ayúdame con la luz de tus ojos para que mis amigos tomen lo que les prometí».

Al interior de la cueva surgió una voz que dijo: «¡Eres tu, hermano wao!»

El wao contestó: «Sí, soy yo».

Y la voz nuevamente aseveró: «Tú aquí eres bien recibido».

Como dos enormes focos se encendieron enseguida y el wao dijo: «Tomen todo tipo de animal de concha, porque ustedes serán los encargados de que estos animales sean parte de la alimentación. Por un tiempo dejarán que se reproduzcan para que otros también tengan qué comer».

El lugar era una enorme cueva, parecía que no tenía fin, no se veía ni la entrada ni la salida. Después de colocar todo lo que podían en su chim, el wao los volvió a sacar y los llevó a su aldea y se despidió de aquellos hombres. Todos quedaron muy contentos. Después de aquel acontecimiento, la lluvia llegó y con ella la prosperidad de todo el pueblo...



Mamá hormiga y sus hijas



Mamá hormiga se levantó con los primeros cantos de los gallos. Organizó, como todas las mañanas, el desayuno para la familia. Con su delantal floreado, su peinado alto y la agilidad de sus manos, daba a la cocina un ambiente lleno de humo y el olor de los alimentos que ahí se preparaba; luego les ordenó a las hormigas lelas que subieran al gran tapanco, lugar en el que se almacenaba la comida; encargó queso, jamón de pavo, chocolate, pan y leche, al mismo tiempo que decía: «¡Qué trabajadoras son mis hijas! Aquí tengo de todo, mejor de lo que hay en una tienda de autoservicio». Y es que las hormigas están en todas partes, especialmente donde hay alimentos. Ellas cargan con todo, unen sus fuerzas para poder recolectar, pero –como en todo trabajo– existe peligro: los humanos las aplastan, las fumigan y cuando de plano les va mal, las queman echándoles agua hirviendo.

A veces mamá hormiga sufre; después de darle un beso a cada una de sus hijas, pasa lista antes de salir a trabajar, de esa forma lleva el control, y cuando regresan a entregar la



carga, se da cuenta que hacen falta una o diez hormigas, y comienza a llorar. Cansada de este sufrimiento, organizó una gran fiesta e invitó a las autoridades del inframundo, a los del departamento de tortura y les ofreció los servicios de sus hijas para que les ayudaran a dar una buena tortura a los pecadores. Los del inframundo, encantados con las delicias que mamá hormiga les preparó, aceptaron gustosos. Así las hormigas rojas eran las que con mucho gusto acudían a las salas de tortura, y la verdad había mucho trabajo. Mamá hormiga disfrutaba mucho cuando los condenados pedían que por favor les quitaran las hormigas que les cubrían todo el cuerpo, parecía que el traje de la persona era de color rojo.

Del llanto pasaban a la súplica, pero mamá hormiga les decía: «Ustedes, ¿acaso les tenían lástima a mis hijas?». En cambio, otros, por una mala integración de su expediente, llegaban a ese lugar y no les iba mal porque las hormigas sólo les hacían



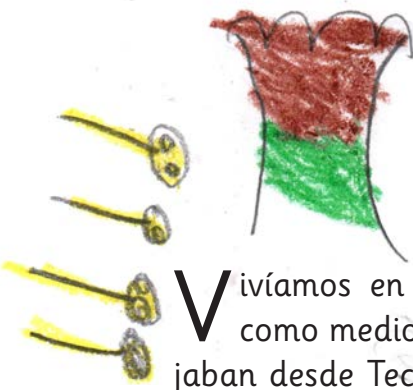
cosquillas, ya que en vida jamás lastimaron a una, por eso mamá hormiga hasta una jícara de pozol espumoso con mucho cacao les invitaba.

Por eso cuando veas hormigas en tu cocina sólo ahuyéntalas, no les hagas daño, no vaya a ser que mamá hormiga con sus hijas te estén esperando.



La campana de oro

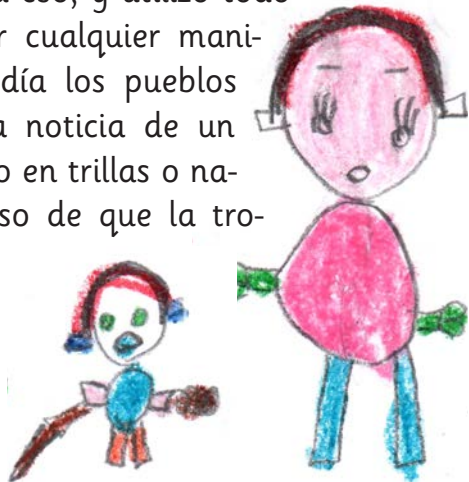




Vivíamos en la orilla de un río que servía como medio de transporte. Los cayucos bajaban desde Tecoluta hasta Nacajuca, pasando por los pueblos de San Isidro, Guaytalpa, Tapozingo y Mazateupa. Así era como los cayucos chicos y grandes iban y venían con personas y mercancías que cada pueblo vendía en sus pequeños comercios.

Algunas noches se escuchaba a lo largo y ancho del río el «tan, tan, tan» de una campana, y es que debajo de sus cristalinas aguas los pobladores habían ocultado una campana que ellos usaban para avisar la hora de misa y otras reuniones a las que el pueblo acudía.

Fue en la época de Tomás Garrido, quien fuera gobernador de Tabasco allá por el año de 1935, que hizo una campaña en contra de la religión, porque decía que uno de los grandes males para el pueblo era eso, y utilizó todo su poder para aniquilar cualquier manifestación religiosa. Un día los pueblos yokot'anob recibieron la noticia de un mensajero, que corriendo en trillas o nadando, llegó con el aviso de que la tro-

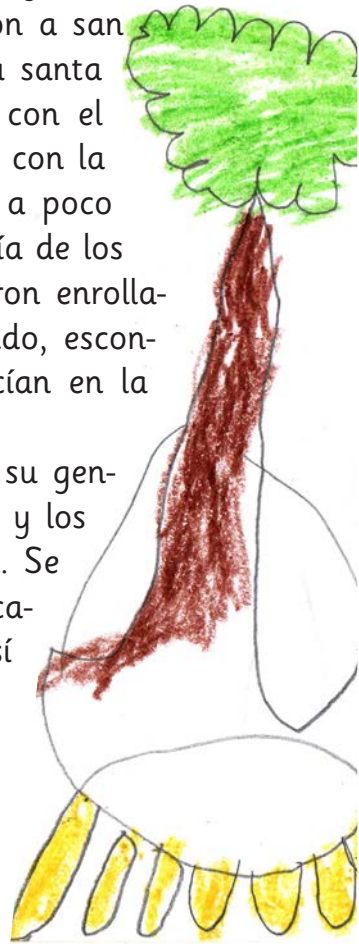





pa de Tomas Garrido venía a quemar todas las iglesias. Inmediatamente al saber la noticia, el pueblo organizó una ofrenda especial con pejelagarto en huliche, para pedir perdón a san Lázaro y santa Lucia, ya que los iban a sacar de la iglesia, para esconderlos junto con la campana de oro en las aguas del río que cruza el pueblo.

Así lo hicieron, prepararon lías gruesas de jolosin y bejucos largos. Amarraron a san Lázaro por la cintura, lo mismo a santa Lucia, no sin antes impregnarlos con el humo de estoraque, lo mismo que con la campana y los sumergieron poco a poco en el agua, dejándolos en compañía de los peces y caracoles. Sus lías quedaron enrolladas en una mata de guano redondo, escondido bajo los matorrales que crecían en la orilla de los ríos.

Cuando llegó Tomás Garrido y su gente no encontró nada en la iglesia, y los pobladores hacían su vida normal. Se fueron a otros pueblos, y periódicamente regresaban a supervisar. Así





pasaron los meses y cuando se enteraron que había cesado la quema de las iglesias, los de mi pueblo decidieron ir a sacar del río lo que habían escondido. Ahora organizaron una gran ofrenda acompañada de tamborileros y danzas del k'ojoble, así como en las manos de los ancianos iban los sahumeros llenos de brazas ardientes de leña de tinto, que se veía subir hacia las nubes, y todo el pueblo acudió. En orden sacaron primero a san Lázaro; que rápidamente cubrieron con una sábana blanca, luego lo hicieron con santa Lucia; por ultimo buscaron la campana, pero no estaba, ni siquiera la gruesa lía que la sujetaba.

Contaron los abuelos que se lo llevaron los duendes porque creían que se los habían regalado, pues a ellos les encanta el oro. Luego se supo que la diosa Ixbolom se las pidió y ellos se la entregaron porque cuando ella está contenta, hace que la toquen, y es cuando se escucha por las noches el «tan, tan, tan» de la campana de oro de Mazateupa.



El hombre jaguar



Hace mucho tiempo sólo existían aldeas y los caminos eran trillas que los hombres y mujeres hacían cada vez que salían de sus chozas a convivir con la naturaleza y recibir la sabiduría que los árboles, pantanos y ríos guardaban celosamente.

Se cuenta que había un yumka' anciano que cuidaba y proveía a los habitantes de ese lugar. Él estaba muy preocupado porque los hombres salían por su cuenta a cazar animales salvajes, en este enfrentamiento algunos cazadores perdían la vida, y eso hacía que buscara la manera de cómo ayudarlos. Un día reunió a los hombres y mujeres valientes y dispuestas a todo. Les explicó que les compartiría un secreto muy especial, pero que cada uno tendría que cumplir con los acuerdos.

Él les dijo: «Este conocimiento que les voy a dar es cómo ustedes pueden transformarse en el animal que elijan. Lo haremos porque veo que cada vez son menos y los animales salvajes siempre salen triunfantes».



Les aconsejó que esta sabiduría era para que se defendieran de esos animales, no para perjudicar a sus hermanos; si así fuera, perderían su vida.

En la misma aldea había un grupo pequeño que no compartía la idea del yumka' anciano, pero respetaban la decisión de los otros.

Así cada luna llena, a medianoche, los alumnos del yumka' recibían las instrucciones hasta que cada uno dominara perfectamente la técnica. Esperaron el último día del décimo mes, todos muy ansiosos aguardando el momento de demostrar lo aprendido. El yumka' anciano les dijo a los que no eran alumnos, que ese día se encerrarán en sus chozas y que no vieran ni escucharan nada de lo que esa noche sucediera.

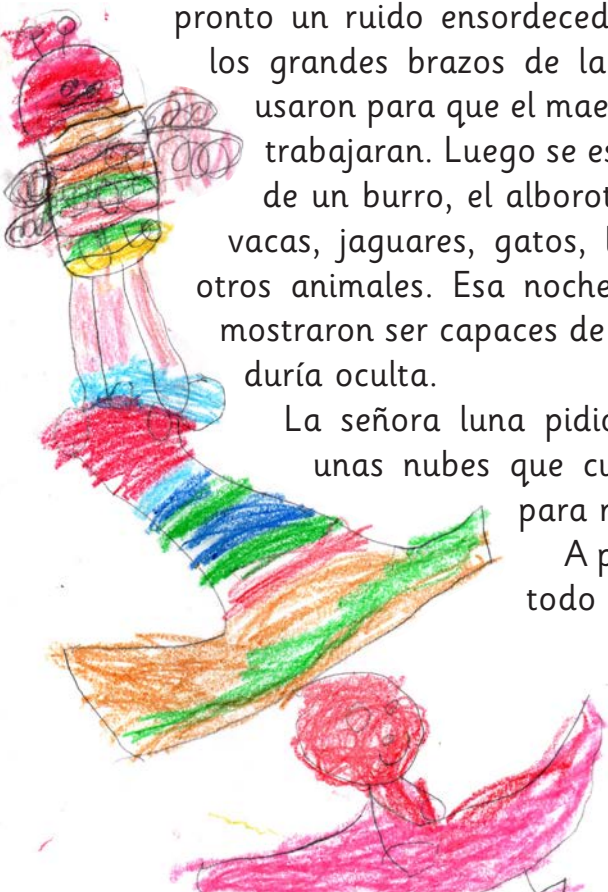
Llegando la media noche, reunidos les preguntó: «¿Trajeron sus ollas de barro? El que no la haya traído, no presentará su trabajo». Todos iban preparados. Les volvió a decir: «Quítense las prendas que



traigan y busquen un lugar escondido para que coloquen boca abajo sus ollas y metan ahí sus pertenencias; recuerden que si no las esconden bien, alguien las encontrara y abrirá. A la persona que le suceda eso, ya no podrá regresar a ser humano, se quedará transformado en el animal que eligió». Después de estas instrucciones muy claras, se hizo un silencio, las luciérnagas que abundaban esa noche también apagaron sus luces y se quedaron quietas. De pronto un ruido ensordecedor se acercó bajo los grandes brazos de la ceiba, lugar que usaron para que el maestro y los alumnos trabajaran. Luego se escuchó el rebuznar de un burro, el alboroto de los caballos, vacas, jaguares, gatos, lechuzas, gallos y otros animales. Esa noche los hombres demostraron ser capaces de dominar esa sabiduría oculta.

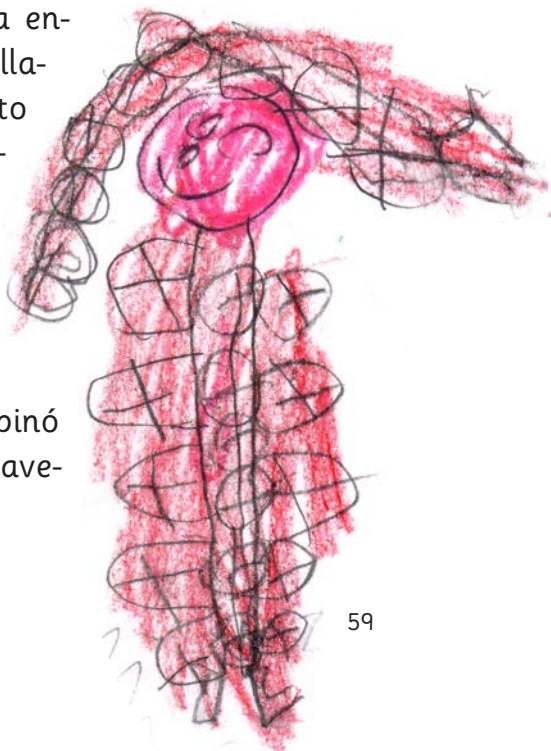
La señora luna pidió urgentemente a unas nubes que cubrieran su rostro para no ver más.

A partir de esa noche todo cambio, la aldea



se volvió próspera, los cazadores abundaban y la cosecha se almacenaba. Pero había uno que le gustaba ser jaguar, él no tomaba las precauciones que había recibido del anciano: se salía por las noches y se metía a otras aldeas a robarles comida y a destruir sus sembradíos; ya sabían que no era un verdadero jaguar el que los visitaba, entonces investigaron y supieron el secreto que pondría en jaque al jaguar travieso.

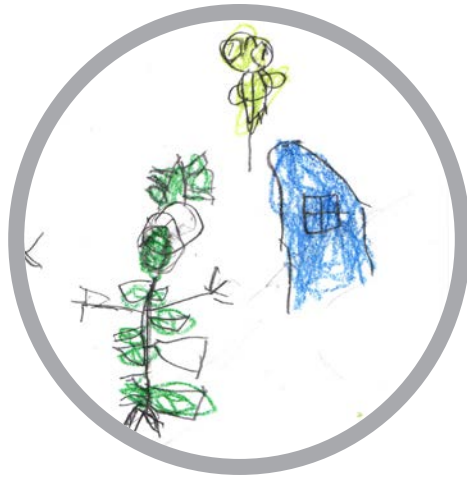
Una noche llegó confiado, causando miedo; los pobladores se organizaron en diferentes lugares para buscar la olla, al paso de varias horas una anciana la encontró y la volteó y llamó a los demás; justo en ese momento el jaguar ya estaba preparado para atacar a un hombre, pero quedó atónito, éste con mucho miedo, sacó fuerza y le propinó un puñetazo que atrave-



só la garganta del jaguar, saliendo el puño en la cola del animal.

Cuando eso sucedió, el jaguar se convirtió en un pequeño gato, así quedó por el resto de su vida, por no haber respetado las reglas de lo oculto.

El dueño de la colmena





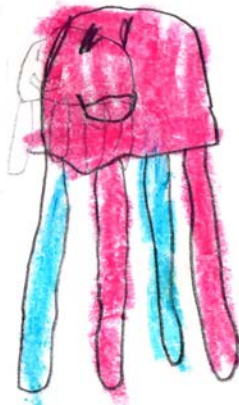
Nadie lo ha visto de cerca. Él viene vestido de múltiples hojas, de forma y color. Trae un enorme sombrero de alas anchas y lleno de bejucos. Por más que busquen su mirada, no es posible divisarla: Parte de su cara la cubre su extraño sombrero. A media noche, toca la puerta de la abeja reina, ella abre y le entrega una pequeña pelota de cera. Él la toma con sus suaves manos, haciendo una





reverencia y se retira. Su visita es cada año, el mismo día y hora. Se dice que él se la lleva a Ixbolom, la diosa de la medicina. Ixbolom la

rece y la quema en un sahumero cuando hay luna llena, la esparce y la gira hacia el cielo para mantener el equilibrio de la naturaleza que el hombre ha dañado mucho.



GLOSARIO

Guarapo: Bebida de caña fermentada.

K'ojoble: Danza del «Baila viejo».

Yi'na: Escasez de alimento.

Yokoto': Hoja para envolver tamales.

Yokot'an: La palabra verdadera.

Yokot'anob: Grupo étnico conocido comúnmente como chontales de Tabasco.

Yumka': Duende.

ÍNDICE

Las bejuquillas de don Canuto

* 9

El pájaro carpintero
y su gorro de color rojo

* 13

La abuela lechuza
y el niño

* 17

La familia
de la abeja reina

* 23

La rebelión
de los utensilios

* 27

La ceremonia

* 31

El corazón
del pozol
* 35

El wao
que cuidó la milpa
* 39

Mamá hormiga
y sus hijas
* 47

La campana de oro
* 51

El hombre jaguar
* 55

El dueño
de la colmena
* 61

Glosario
* 64

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo
Subsecretaria
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bespalova
Subsecretaria
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy
Titular de la Unidad de
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres
Directora General
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez
Enlace de Comunicación Social y Vocero



Adán Augusto López Hernández
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa
Subsecretario de Fomento
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña
Director de Publicaciones
y Literatura





El camino de los cuentos, de Alejandrina Hernández Gerónimo, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos EB Garamond y Roboto. El tiraje fue de 500 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.